

# El último humano

Doly Chaucanes Espinosa

Estudiante de Maestría en Educación

Universidad de Nariño

Por alguna extraña razón, Alex había sobrevivido a la catástrofe ocurrida hace más de 200 años. El gran terremoto aconteció en el año 2023, justo poco después de su cumpleaños. Al despertar de su estado, lo único que recordó al instante fue el año del terremoto. Cuando Kyara lo encontró dentro de la crisálida de hielo pensó que era alguna formación rocosa que contenía algún mineral obsoleto o poco común, pero sin ningún valor. Cuando la crisálida se rompió, vio al único humano genuino y de sangre pura.

Kyara tenía conocimiento de que hace más de un siglo los humanos originales existieron y vivieron en comunidad unos con otros, en urbanidades de distintas indoles en todas partes y rincones del mundo, al igual que ellos; pero estos ya no existían, al menos no como humanos cien por ciento originales. Los últimos seres de casta pura habían desaparecido del mundo hacía 47 años. Con su extinción, la humanidad híbrida que quedó como único habitante de la Tierra seguía su curso, ideando y diseñando modelos de investigación, desarrollo, economía y todo aquello que siempre ha sido necesario para sobrevivir y evolucionar.

Cuando Alex despertó, lo primero que vio fue a Kyara. Su apariencia lo asustó; hacía muchos años que no veía a alguien como él. Aunque los híbridos seguían siendo humanos, muchas cosas cambiaron en ellos, como su ADN. Los implantes electrónicos mejoraron sus capacidades físicas y su aspecto superficial era similar a un robot del futuro, los mismos que Alex soñaba crear. Kyara dijo:

—Si intentas hacer algo en mi contra morirás; soy genéticamente mejor que tú en fuerza y en todo lo que te puedas imaginar. Sé que los primeros humanos actuaban por instinto animal.

—¿Qué eres? —preguntó Alex.

—Soy Kyara.

—Pero, ¿qué eres? —preguntó nuevamente.

—Entiendo que eres algo primitivo, he dicho que soy Kyara, soy geóloga.

—¿Un robot geólogo?

— No soy un robot, soy una persona, como todas las demás. Y ¿tú?

— Soy Alex y creo que tengo 17 años, mis pensamientos y recuerdos son confusos, no sé quién soy, no puedo recordar nada más. Espera... sí recuerdo, recuerdo que algo cayó sobre mí.

—Tienes amnesia, es normal. Mi radar me informa que las estructuras donde te encontré tienen poco más de doscientos años, quiere decir que llevas en coma todo ese tiempo, y sorprendentemente permaneces con vida. Este lugar ha estado olvidado por muchos años por razones que luego te explicaré.

Kyara había descubierto al último humano original, y estaba con vida. Después indagaría cómo había sobrevivido tanto tiempo. Como era geóloga, planeaba estudiar la formación rocosa de la crisálida que cubrió el cuerpo de Alex y que lo mantuvo con vida. Pensó que podría ser un doble descubrimiento.

—Estaremos aquí un tiempo, mientras vienen por nosotros. Estamos en un lugar remoto, así que nuestro rescate se tardará; además, mi GPS no está funcionando bien por la caída. Dejé todo mi equipo afuera, pero no te voy a aburrir con esos detalles. Mejor te pondré al tanto de lo que sucede.

Alex estaba en un estado de shock, por esa razón no podía reaccionar a lo que estaba sucediendo. La presencia de Kyara lo asustaba, pero también le daba algo de tranquilidad; saber que había alguien que le daría respuestas a un sinfín de preguntas que no sabía cómo formular. Al ver los circuitos adheridos a la piel de Kyara, preguntó:

—¿Te duelen?

—¿Qué cosa? —respondió Kyara.

—Eso que atraviesa tus brazos y tu cuello.

—No, ¿por qué habría de doler?

Alex perdiendo la timidez y el desconcierto respondió:

—Porque están dentro de ti y todo lo que atraviesa la piel duele, como las cortadas. ¡Mira!, yo tengo esta cicatriz, no puedo recordar bien cómo me la hice.

—No duelen, hacen parte de mí, como si hubiera nacido con ellas.

Alex, que continuaba meditabundo, simplemente miraba todo a su alrededor y detallaba con profundidad la anatomía de Kyara.

—Imagino que te estas preguntando lo más evidente, ¿qué pasó?, ¿cómo estoy aquí?, ¿qué es esto? Pues bien, los últimos de tu especie murieron hace casi cincuenta años.

—¿Ustedes los mataron? ¿La inteligencia artificial tomo el poder y los destruyeron? —preguntó Alex.

—Veo que ya estás más confiado y recuperando tu memoria. No, no los matamos nosotros, ustedes se destruyeron solos, aunque la inteligencia artificial tuvo algo que ver. La IA simplemente evolucionó y los humanos se dieron cuenta que no eran necesarios para hacer cierto tipo de cosas, por ejemplo, pensar por sí mismos.

—Nosotros pensamos por nosotros mismos —respondió Alex—. Fue el humano quien la creó... y, posiblemente, también a ustedes.

—Sí, pensaban; pero después dejaron que lo cibernético pensara por ustedes, y eso los llevó a olvidar lo que los mantenía.... —vivos —terminó diciendo Alex.

—No, útiles. Dejaron de ser seres funcionales y creadores, y se convirtieron en algo obsoleto y enfermo. Así que, para asegurar la supervivencia, se debieron tomar medidas.

—¿Cuáles?

—Unirse en cuerpo y mente a lo mismo que les quitó la funcionalidad. Por eso somos seres híbridos, mantenemos la anatomía humana con ciertas mejoras, somos más fuertes, ágiles, inteligentes y, sobre todo, más funcionales.

Alex poco a poco iba entendiendo lo que había sucedido. Concluyó que el mundo en el que alguna vez vivió había desaparecido; la idea le pesaba: estaba solo, perdido en un tiempo que no le pertenecía, y probablemente ya no era útil. En su mente, nunca debió despertar; habría sido mejor morir en el instante en que el techo de su casa cayó sobre él. En ese momento, una máquina de rescate abrió una grieta que dejó entrar la luz del sol, Alex sintió en su cuerpo el calor de los destellos solares y, como un cobijo familiar por un instante, pensó que no estaba solo, tal vez el mundo y la gente que conoció ya no estaban, pero aquel sol que iluminó su existencia aún permanecía.

Triste y confundido, Alex se acercó lentamente a la salida, apartando con su mano la brillante luz pudo ver con claridad todo a su alrededor, estaba en ruinas, unos cuantos árboles cercaban el horizonte, el cielo era de un azul pálido, un azul que ya no reconocía; el viento golpeaba suavemente su cuerpo. Kyara se compadeció de él, entendía que era como viajar en el tiempo sin ninguna explicación. Le ofreció quedarse con ella, pero él no respondía, tras muchas palabras de aliento, Alex finalmente rompió el silencio:

—Kyara, ¿tú tienes esto? —preguntó levantándose la haraposa camisa y señalando su ombligo.

Después de un tiempo de observar, Kyara respondió: —no, ya nadie lo tiene. Ya no es necesario...

—No lo tienen porque esta es la única prueba de que tuvimos madre.

Alex se dio la vuelta y se sentó a mirar el atardecer, atentamente veía cómo se ocultaba el sol, su resplandor se apagaba lentamente y junto con él también se apagaba su alma.